

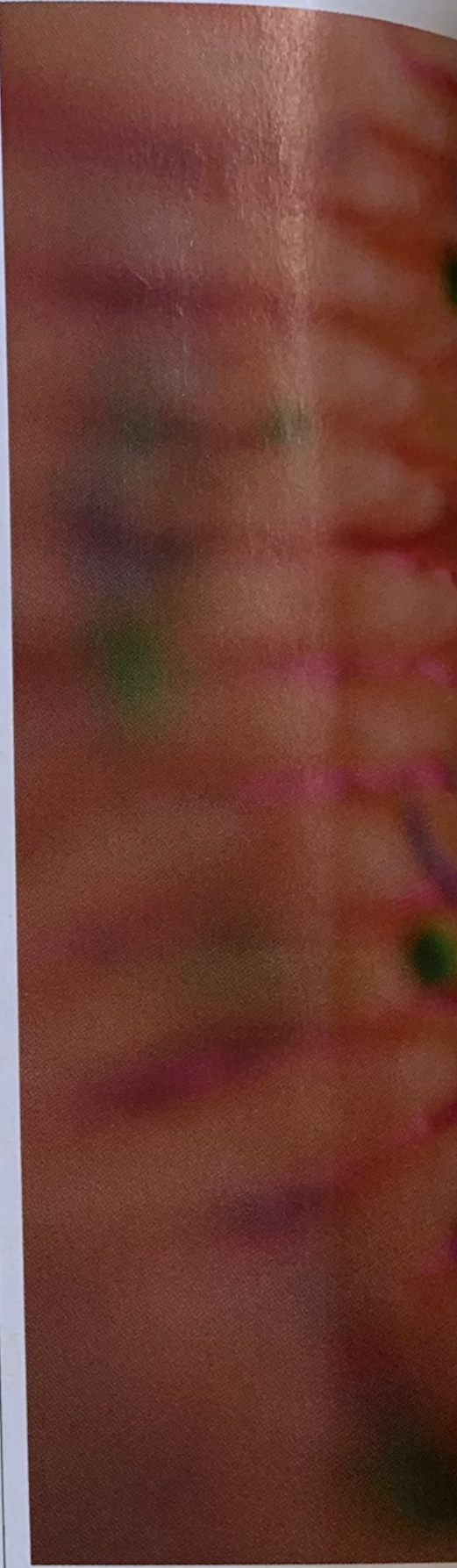
S

POR CRISTINA SÁEZ

CUANDO JOHN CRYAN estudiaba bioquímica en la universidad, jamás se le pasó por la cabeza que acabaría trabajando rodeado de heces congeladas y que con este peculiar material intentaría curar la depresión y la ansiedad. Este irlandés de aspecto afable y risa contagiosa siempre ha estado obsesionado por comprender cómo funciona el cerebro y por qué determinadas moléculas, como una hormona o un neurotransmisor, pueden alterar su complejísimo funcionamiento y acabar provocando trastornos mentales.

«He perseguido incansablemente despejar una eterna incógnita: cómo responde el cerebro al estrés», me explica desde su despacho en el Instituto del Microbioma APC del University College de Cork, en Irlanda. Primero trató de resolver esta pregunta desde la farmacología, escudriñando cómo los antidepresivos más comunes actuaban sobre el sistema nervioso central. Después, una serie de avances científicos con un plus de carambola lo llevaron a fijar su atención en el intestino y a formar equipo con Ted Dinan, un psiquiatra de su misma universidad también interesado en estudiar qué ocurría en la mente de sus pacientes ante situaciones de estrés. Juntos comenzaron a trabajar con esos... productos congelados. De esa unión hace ya 25 años.

Cuando Cryan y Dinan se establecieron como pareja de hecho científica, se acababa de descubrir que el estrés es un síndrome que afecta a todo el organismo y que el sistema inmunitario sufre sus embates. Este hallazgo abría la puerta a investigar cómo interactuaban y se comunicaban el cerebro y nuestras defensas. «Ted llevaba media vida tratando pacientes en el hospital y yo era un científico básico. Nos pareció que unir fuerzas nos permitiría desarrollar estrategias aplicables en la clínica», empieza Cryan. Unos minutos después Dinan se une a la videollamada. Verifica que tras un cuarto de siglo son aún tal para cual y completa la frase de su colega: «También empezábamos a ver que algunos trastornos ocasionados por el estrés, como el síndrome del



El colon es un gran centro de operaciones: las bacterias que alberga fabrican moléculas capaces de transmitir información a nuestro cerebro. Esta recreación en 3D de las microvellosidades del intestino grueso muestra los microorganismos que lo pueblan.